

# Treguas de Angelina

Adolfo Castañón

Lo primero que llama la atención en este libro es la tipografía. En la composición de los versos no participan las mayúsculas que son reemplazadas por letras minúsculas agrandadas, como si estuviese haciendo al lector un guiño pues, como es sabido, en el idioma hebreo no existen las letras mayúsculas.

*La tregua de la inocencia* es —nos dice la solapa del libro— el séptimo libro de poesía de Angelina Muñiz-Huberman. Si contáramos los libros como días, éste sería su libro-dominical, libro domingo del remanso y del reposo. No sé si por eso se titula así este poemario donde el reloj de sol y luna de la poesía vuelve a su punto de partida. El volumen incluye cuarenta y seis poemas. La mayoría está escrita en versos de trece y catorce sílabas. Algunos cuentan más de treinta versos —como “tregua” que tiene treinta y tres— y otros, como “reflejo”, sólo cuatro. Los versos de trece y catorce sílabas en la versificación castellana son conocidos como versos de Arte Mayor, y son característicos de la poesía culta primitiva como en el libro de *Nuestra Señora de Berceo*, el *Libro de Alexandre*, algunas composiciones de Juan de Mena, para no hablar de Antonio Machado, Rubén Darío y Emilio Prados —poeta este último con quien la une el verso de Arte Mayor y la poética de la Aurora. No parece casual que este tipo de versos haya elegido a Angelina Muñiz para renacer y reintroducirse en la lírica mexicana del siglo XXI, pues ella, como se sabe, además de poeta, es novelista, cuentista y profesora estudiosa de las letras hispánicas consteladas en torno a una cierta tradición marginal: la del Sefarad y la literatura judía escrita en español. Desde ese punto de vista *La tregua de la inocencia* cabe ser leído como un *cuaderno de confluencias* o un

álbum donde la autora hace una pausa —una tregua— y recapitula y hace *tabula rasa*, mesa inocente de sus diversos caminos, llamadas y vocaciones, siempre en el horizonte virtual y la constelación de esas letras hebreas que siguen zumbando como abejas sobre el jardín de las letras españolas que alguna vez las expulsaron de su ámbito.

Una cosa que llama en primer lugar la atención de este libro compuesto de cuarenta y seis poemas es la limpieza y sencillez de su fluir. Es una sencillez engañosa, una transparencia como la de la caoba barnizada, alimentada de varias manos o cuerpos y donde los mecanismos de connotación, significación y evocación sincronizan la maquinaria del poema para que, a la hora de oír la campana del verso o del poema, éste quede vibrando en la mente como un río de ecos sutiles y evocaciones.

Los cuarenta y seis poemas de *La tregua de la inocencia* van repasando distintas estaciones como en una vía contemplativa, un itinerario de amor que es itinerario de la mente hacia el autodescubrimiento, la gnosís inasible que convenimos en llamar Dios. No se puede ocultar entonces que el lector está ante una poesía de estirpe religiosa que gira y juega —como la bisagra en la puerta— en torno a lo sagrado o a su búsqueda. Es difícil decir cuándo el sujeto elocuente de estos poemas mira hacia afuera, cuándo mira hacia adentro, cuándo abre las pupilas hemerálopes —clarividentes en la Aurora o el crepúsculo— hacia los bosques de la experiencia sensible en el lenguaje. También es difícil decidir cuándo el sujeto elocuente es una mujer madura, cuándo es una adolescente asombrada por su cuerpo, cuándo una niña, cuándo un jardinero, cuándo una viejecita de viejo cuento popular y cuándo un cabalista venerable y cuándo incluso un

capitán enamorado, cuándo la sonrisa levemente irónica se trasmuta en nostalgia, cuándo la canción se vuelve ensoñación, cuándo se habla desde el jardín, y cuándo desde el Alcázar. El libro está situado en un territorio intemporal, a pesar de que por ahí (en “invitados”) aparece un automóvil errático. La geografía entrelineada en el poemario —esa Edad Media idealizada y practicada, revivida, ese país provenzal interiorizado— escribe una suerte de mapa sentimental, una *carte du tendre* o una serie de estampas como las que se pueden ver en algunos *libros de horas*. De hecho podría pensarse que éste es un *libro de horas* compuesto por dos grupos uno masculino y otro femenino de veintidós arcanos, cuarenta y cuatro a los que deben añadirse dos arcanos, más, como si el libro nos representara una



Angelina Muñiz-Huberman, *La tregua de la inocencia*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2003.



Jerusalem, Eretz Israel, 1896



Livorno, Italy, 1746

pareja con sus dos hijos para redondear la cuenta mágica de cuarenta y seis.

El título *La tregua de la inocencia* es una expresión enigmática que el libro descompone en dos poemas: uno para “tregua” y otro para “inocencia”. ¿Habla Angelina Muñiz de la “tregua” que es la “inocencia” o más bien apunta al hecho de que la ingenuidad y la inocencia son una suerte de oasis, de tregua en la batalla incesante, en la guerra del conocimiento? Y aquí toco, me parece, el nervio de este libro y del quehacer poético de Angelina Muñiz-Huberman. La autora es, como sabemos, además de poeta y novelista imantada por *las magias* y prodigios de mundos pretéritos de la historia, una investigadora acuciosa e informada sobre la literatura española sefardita<sup>1</sup> y, más allá, una estudiosa tanto de la Cábala judía como de la Cábala cristiana, una hija de la Edad Media perdida y encantada en la orbe contemporánea. Estos estudios han orientado decisivamente su vocación intelectual y espiritual, y me atrevería yo a decir que su expresión poética misma. Por eso me parece oportuna la si-

guiente pregunta: ¿Hasta qué punto esta poesía está escrita desde la Cábala? ¿Hasta qué punto Angelina Muñiz-Huberman —cuyo nombre cuenta veintiún letras, o trece si nos atenemos nada más a su nombre y apellido— encarna la figura secreta del alquimista que anda en busca de su verdadero nombre, de su verdadero rostro? ¿Merodea en sus versos el conocimiento cabalístico? ¿Hasta qué punto coinciden o convergen en el juego del libro el *ars combinatoria* practicada por ejemplo por el catalán Raimundo Lulio con el juego combinatorio de la máquina de cantar? ¿Y hasta qué punto esta coincidencia resulta práctica y autoedificante? ¿Hasta qué punto esa inocencia reconquistada o de segundo grado puede o podría ser precipitada, por así decir catalizada por el ejercicio poético significativamente celebrado al filo de la Aurora?

En este contexto pueden resultar ilustrativas o significativas las confesiones que sobre su oficio literario ha hecho con motivo de la publicación de *La tregua de la inocencia*: “El hecho de que despierte con las palabras ya casi en orden me resulta muy útil, y debo transcribirlas en el momento porque de otro modo se me olvida el orden que ya traen. (...) Me despierto a las cuatro de la mañana

y tengo el verso inicial de un texto. Lo anoto, consigo además escribir dos o tres líneas más y después ya aparece completo”.<sup>2</sup>

¿Será que Angelina Muñiz es una traductora al idioma lúcido y diurno de los vestigios dejados por el sueño? ¿Será Angelina Muñiz-Huberman una hesicasta laica de la poesía, una practicante en verso del arte de la oración incesante? ¿O será más bien que en el hilo de su poema se van entretejiendo los hilos del sueño con los hilos de la vigilia, el régimen diurno y el régimen nocturno? A veces parecería que el *ars combinatoria* que va practicando Angelina tiene como propósito ilustrar las estaciones de un itinerario: la vía ácida, el camino del despertar. Ese camino del despertar es por supuesto de mística y esotérica índole —algo estudiado por nuestro maestro Ramón Xirau. Y aquí cabe evocar dos expresiones: la del místico alemán Jacob Bohme quien titula uno de sus libros *Aurora consurgens* para indicar que *la búsqueda de la aurora es un proceso activo tanto exterior como interior*. La otra expresión que cabe

<sup>1</sup> Angelina Muñiz-Huberman, *La lengua florida*, Universidad Nacional Autónoma de México / Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

<sup>2</sup> César Güemes, “Angelina Muñiz-Huberman posee la virtud de escribir mientras duerme”, en *La Jornada*, 16 de marzo de 2004.



evocar es la de cierta escuela de adeptos jasídicos: la de los cazadores de la Aurora que iban también buscando desentrañar en lo exterior y en lo interior ese momento en el cual coinciden el despertar del mundo y la aurora del espíritu en un solo instante de transfiguración pánica, total. Cabría decir así que *La tregua de la inocencia* entreteje en la tapicería de su poema un conjunto de cuarenta y seis motivos que tienen como común denominador el diálogo entre régimen diurno y régimen nocturno, entre sueño y despertar, entre la aridez inquisitorial y la búsqueda y alcance de un oasis. Otro elemento que da unidad a este libro es el motivo del conocimiento, del “manuscrito”, de la escritura y, en fin, del poema mismo de la creación.

A su vez, a lo largo de ese diálogo hay un común denominador, un elemento que da unidad y forma simbólica al conjunto. Me refiero al agua, al motivo del manantial y de la filtración. No sólo porque hay poemas explícitamente dedicados a estos motivos

como precisamente el titulado “Manantial” sino por la forma en que al parecer se van componiendo. Así imaginamos *La tregua de la inocencia*, como una caverna lírica en la que se van decantando y condensando en la mente, en sueños, balbucientes, hasta hacerse líquidas las imágenes que luego gotean en la página como estalactitas cristalinas que son los poemas.

Otra clave para leer el libro, al menos para estos ojos que, curiosamente, también escriben a las cuatro de la mañana este texto en particular, como si el Autor Universal hubiese querido poner al poeta y a su comentarista en un mismo espacio temporal, en perspectiva comparable. Otra clave para leer el poema en cuarenta y seis facetas es la de oponer o mirar cómo se oponen en su imaginaria lo abierto y lo cerrado, lo masculino y lo femenino. Así se verá que la búsqueda de la Aurora coincide con la creación de un espacio donde buscan entretejerse lo masculino y lo femenino, y dialogan: el ángel y la Angelina. Ensayo experimental

de una búsqueda, de una *quête* enmarcada en la perspectiva de una Caballería espiritual o de una orden caballeresca del espíritu donde dialogan sin máscara el templario y la mujer que sabe hebreo y latín, la princesa y el mendigo. Los poemas de Angelina Muñiz-Huberman son autosuficientes, pero también son santo y seña, indicio de una búsqueda, de un trabajo en el sentido mágico de la palabra, para encontrar el verdadero rostro, el nombre verdadero, el último rostro: ése que la muerte, al deshacernos, nos dice al oído.

Finalmente diría que si *La tregua de la inocencia* es como un solo poema, un juego interesante sería el de intentar con sus títulos un solo texto que podría iniciar así: en la tregua de la inocencia el reflejo es vereda, maravilla. En el cuadro la gacela es imagen de manantial y ablución previa al epitalamio. En cambio, para el solitario, la esencia está en el caleidoscopio de la piel pues el hueco es el santuario. A ustedes, lectores, les toca concluir el poema... ¶



Livorno, Italy, 1746



Venice, Italy, 1740